

BUSCAR DENODADAMENTE LA BELLEZA

Quid est ergo pulchrum? Et quid est pulchritudo? ¿Amamos por ventura algo fuera de lo hermoso? ¿Y qué es lo hermoso? ¿Qué es la belleza? ¿Qué es lo que nos atrae y aficiona a las cosas que amamos? Porque ciertamente que si no hubiera en ellas alguna gracia y hermosura, de ningún modo nos atraerían hacia sí.

San Agustín, Confesiones. IV.13. 44

META

Tras ya muchos años trabajando como arquitecto, enseñando como profesor y poniendo por escrito mis ideas, las razones por las que hago mi trabajo, debo confesar que lo que en verdad busco, con todo ahínco, con toda mi alma, denodadamente, es la belleza.

¿Puede un arquitecto confesar esto tan a las claras? ¿Puede cualquier creador decir así que lo que busca es la belleza? Así lo hacen los poetas y los músicos y los pintores y los escultores, los artistas todos.

Afirmar que la belleza es el fin de la Arquitectura podría parecer arriesgado. Pero estoy convencido de que el conseguir la belleza en la arquitectura es conseguir que los hombres, con este “*arte con razón de necesidad*” que decían los clásicos, puedan ser más felices.

La belleza, la Venustas que con la Utilitas y la Firmitas, son los tres principios cuyo cumplimiento exige Vitrubio para la Arquitectura. Conseguir la Venustas tras el cumplimiento de la Utilitas y de la Firmitas es la mejor manera para intentar hacer más felices a los hombres, que no es sólo el fin de la Arquitectura sino también el de toda labor creadora. O como, mejor que yo, lo enunciaba Sáenz de Oíza cuando decía en *El sueño del Paraíso*:

Declaro que las obras de Arquitectura son instrumentos para transformar la realidad en un espléndido y recuperado Paraíso del que por nuestra culpa habíamos sido expulsados y al que de nuevo somos reintegrados merced al poder de transformación de la Arquitectura.

La Venustas, la belleza, para recuperar el Paraíso perdido, la felicidad.

O cuando Carvajal hablaba de “*la belleza ordenada*” y de su “*voluntad de crear eficacia y belleza a un mismo tiempo como tan sólo lo persiguen los verdaderos arquitectos*”. “*La belleza que contemplamos, por ser para engendrar belleza,*

operativamente en nuestras obras. La belleza pasa así a ser motor y no sólo consecuencia”.

A lo largo de estos años he escrito sobre algunos de los maestros de la Arquitectura Española Contemporánea y, para intentar resumir todo lo que en ellos me parecía más sustantivo, desarrollé todos aquellos textos bajo el epígrafe de la belleza. La belleza calva sobre Sota, la belleza volcánica sobre Oiza, la belleza cincelada sobre Carvajal, la belleza rebelde sobre Fisac y la belleza misma sobre Barragán. Entendía ya entonces que la belleza era la causa y el fin de la labor creadora de los maestros. Y ahora, con el paso del tiempo, cada vez lo veo con más claridad. ¡La belleza!

RAZÓN. CERVANTES, GOYA, GOETHE.

A la belleza en arquitectura se llega de la mano de la razón. He defendido y defiendo que la razón es el instrumento primero y principal de un arquitecto para llegar a alcanzar la belleza. Porque, aunque esto sea suscribible para todas las artes, lo es de manera imperativa para la arquitectura.

La gente que ha leído *El Quijote* no suele reparar en esas páginas excepcionales con las que Cervantes prologa su obra universal. Y confiesa Cervantes que ese prólogo lo ha escrito después. Y confiesa Cervantes que es el escrito al que más tiempo ha dedicado. Escribe Cervantes: “*Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse*”. Con lo que tras dejar claro que la razón ha sido su principal instrumento de trabajo, nos declara su decidida voluntad de atrapar allí, con ella, la belleza.

Cuando he escrito que la arquitectura es idea construida, no he hecho más que reclamar que la arquitectura, y cualquier labor creadora, debe ser producto del pensamiento, de la razón, del entendimiento, como hemos leído en Cervantes.

Y cuando esa razón falta, aparecen arquitecturas estrambóticas que, siendo muchas veces *contra natura*, producen el asombro y la adoración de una sociedad ignorante como la nuestra que se inclina ante esas obras como si de los templos de una nueva religión se tratara.

“*El sueño de la razón produce monstruos*”, nos dice Goya en el aguafuerte maravilloso que preside el despacho del director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Es el número 43 de las 80 estampas que componen la serie de “Los Caprichos” grabadas por Goya en 1799. Goya además elaboró un texto, menos conocido, a modo de lista comentada, cuyo original se conserva en el Archivo del Museo del Prado. En este texto, cuando llega a la estampa 43

escribe: “*La fantasía abandonada de la razón produce monstruos imposibles*”, pero a continuación nos aclara que “*unida con ella es madre de las artes y origen de las maravillas*”. O sea, que la razón necesita de la fantasía, de la imaginación, para abrir las puertas a la belleza. ¡Cómo podríamos no estar de acuerdo con Goya!

Líbreme Dios de querer compararme con Cervantes ni con Goya, pero es con este espíritu con el que he querido y quiero levantar todas mis obras: tratando de conquistar la belleza con toda mi alma, con las armas de la razón y las de la imaginación. Con el duro deseo de durar como impulso primario de la creación como nos dice Paul Eluard. Con la voluntad de permanecer en la memoria de los hombres. O como de manera más sencilla y bonita lo decía Federico García Lorca: “*Escribo para que me quieran*”.

Y parecería que Goethe se hubiera puesto de acuerdo con Cervantes y con Goya en la defensa de la razón como mejor camino para llegar a la belleza cuando afirma, refiriéndose a los pintores de su época, que “*deben mojar sus pinceles en el bote de la razón*”. Claro que a continuación añade: “*y los arquitectos en Winckelmann*”. Goethe, harto de las digresiones que en todas las labores creadoras se estaban produciendo en su tiempo sin demasiadas razones, abogaba por la recuperación de la razón con sus rotundas palabras.

RAZÓN. PLATÓN Y SAN AGUSTÍN.

La razón como instrumento primero del hombre para conseguir la belleza. Pero ¿qué es la belleza?

Platón, en el *El Banquete*, nos proponía la belleza como *splendor veri*, esplendor de la verdad. Esta propuesta es después matizada con el paso de los siglos por otros pensadores que partiendo de Platón afinaron esto con acentos harto interesantes. Jacques Maritain lo resume muy bien en su ya clásica distinción entre “el *splendor veri* de Platón, el *splendor ordinis* de San Agustín, y el *splendor formae* de Santo Tomás”. Aunque lata en las fórmulas anteriores una aspiración incontenible de descubrir explicaciones más profundas, si la verdad debe estar en la base de toda creación arquitectónica que aspire a la belleza, ¿cómo podríamos considerar que el orden y la forma son menos importantes? Verdad, orden y forma. “*La forma, bien sabemos que no es algo sobreimpuesto; está generada por la materia misma que se revela en ella*” escribe con toda razón José Angel Valente con ocasión de un texto sobre Chillida. ¿Cómo podríamos los arquitectos no suscribir la forma como “*materia que se revela en ella*” para conseguir la belleza?

Y no me resisto a traer aquí las consideraciones que en torno a la belleza nos hace San Agustín en su identificación de la belleza con el Sumo Hacedor:

*¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!
El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera.
Y fuera te andaba buscando y, como un engendro de fealdad, me abalanzaba
sobre la belleza de tus criaturas.
Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.
Me tenían prisionero lejos de ti aquellas cosas que, si no existieran en ti, serían
algo inexistente.
Me llamaste, me gritaste, y desfondaste mi sordera.
Relampagueaste, resplandeciste, y tu resplandor disipó mi ceguera.
Exhalaste tus perfumes, respiré hondo y suspiro por ti.
Te he paladeado, y me muero de hambre y de sed.
Me has tocado, y ardo en deseos de tu paz.*

INVESTIGACIÓN. PRECISIÓN Y TRASCENDENCIA.

Pero no nos vamos a meter por las intrincadas veredas filosóficas ni teológicas y vamos a retornar al camino que lleva a la belleza a través de la arquitectura.

Y así, en la leyenda que se encuentra en las cintas del escudo de la Architectural Association de Londres se dice: “*Design with Beauty, Build in Truth*”. Diseña con belleza, construye con verdad. Que es un acertado resumen de todo lo que estamos tratando aquí.

Con ocasión de su Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Oporto, se me pidió un texto sobre Alvaro Siza donde desarrollé las que considero sus tres principales cualidades como arquitecto, como factor de belleza en grado sumo, que son tres características que entiendo como propias de toda arquitectura que participe de esa ansiada belleza: carácter investigador, precisión poética y capacidad de trascender.

A la belleza en arquitectura se llega tras un trabajo riguroso y profundo que puede y debe ser considerado como un verdadero trabajo de investigación. La belleza es algo profundo, preciso y concreto que hace remover los cimientos del hombre, que hace que el tiempo se detenga, y que hace que la obra creada permanezca en el tiempo y en la memoria de los hombres. Pero la belleza en arquitectura no es algo superficial, ni vago, ni difuso, sino que es el resultado de una verdadera labor de investigación.

Ninguno de mis proyectos ha sido para mí *uno más*. En todos y en cada uno de ellos lo he dado todo. Cada nuevo proyecto ha sido y es para mí una ocasión de buscar y encontrar esa belleza. Todos y cada uno de ellos han sido concebidos y proyectados y construidos como un verdadero trabajo de investigación, con toda intensidad. Con la intensidad de quien está convencido de que la arquitectura es la labor más hermosa del mundo.

He dicho “no” muchas veces a muchos proyectos en los que no se me daba libertad suficiente o yo creía que no tenían suficiente interés para dedicarles mi tiempo. Algunos podrían tildar de pedante esta actitud. Pero creo que sólo así se puede crear, se puede vivir creando, se vive con la intensidad que hace que valga la pena esta vida. Lo entienden muy bien todos los creadores: los poetas y los escritores, los músicos y los pintores y los escultores que merecen la pena.

Cuando a Xavier Zubiri le concedieron en 1982 el Premio Nacional de Investigación, en su discurso de aceptación agradecía a la sociedad española el que hubiera sido capaz de entender que la filosofía es una verdadera labor de investigación. Tantas veces he recomendado a mis alumnos que en ese escrito clarificador sustituyan el término filosofía por el término arquitectura, y comprueben que el resultado es sorprendentemente ajustado. Porque la arquitectura es una verdadera labor de investigación. Y como el mismo Zubiri aconsejaba allí, de la mano de San Agustín: *“Busca como buscan los que aún no han encontrado, y encuentra como encuentran los que aún han de buscar”*.

Y la belleza de la que tratamos viene a la arquitectura de la mano de la precisión. Con la misma precisión con la que lo hace la poesía. Cuando defiendo el carácter poético que debe tener toda arquitectura que pretenda la belleza, no estoy defendiendo algo vago y difuso. Estoy reclamando esa precisión que la poesía necesita para llegar a la belleza, que es la misma precisión que reclamo para la arquitectura.

María Zambrano definía la poesía como *“la palabra acordada con el número”*. ¡Qué manera más certera de definir la precisión propia de la poesía! Una palabra que en una posición no nos dice nada, colocada en el sitio preciso es capaz de removernos y de detener allí el tiempo. Pues lo mismo, con la misma precisión, la arquitectura. Porque si la poesía son palabras conjugadas con precisión, capaces de mover el corazón de los hombres, lo mismo hace con sus materiales la arquitectura.

La belleza en arquitectura aparece cuando ésta es capaz de trascendernos. La arquitectura que alcanza la belleza es una arquitectura que nos trasciende. El verdadero creador, el verdadero arquitecto, es aquél capaz de conseguir que su obra le trascienda. Lo explica muy bien Stefan Zweig en *El misterio de la creación artística*: *“No hay deleite ni satisfacción más grandes que reconocer que también le es dado al hombre crear valores imperecederos, y que eternamente quedamos unidos al Eterno mediante nuestro esfuerzo supremo en la tierra: mediante el arte”*. Zweig, como San Agustín, relaciona así la belleza con el Ser supremo.

Pero, además, esa belleza que nos trasciende no es algo inalcanzable ni está reservada a sólo algunos genios. Intento convencer siempre a mis alumnos de

que es posible, asequible, ese alcanzar la belleza. Lograr que nuestras obras sean atravesadas por el “soplo de un aura suave” con el que en la Sagrada Escritura se confirmaba la presencia divina, y que en la creación arquitectónica es señal de que la belleza está allí presente.

En el capítulo 19, 11-12 del *Libro de los Reyes* leemos: “El ángel le dijo al profeta Elías: ‘sal fuera, y ponte en el monte ante Jehová’. Y Elías salió fuera. Y he aquí que se desató un grande y poderoso viento que rompía los montes y quebraba las peñas; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego, el soplo de un aura suave. Y allí, en aquel soplo de un aura suave sí estaba Jehová”.

Pues ese inefable “soplo de un aura suave”, el *sibilus aerae tenuis* como escribe San Jerónimo en la Vulgata, es lo que querríamos para nuestras obras de arquitectura los arquitectos, y los creadores todos. Es signo claro de que la belleza aparece en nuestras obras cuando merecen la pena.

UTILITAS, FIRMITAS, VENUSTAS.

¿Cómo podrían los arquitectos no entender que la verdad de la idea generada por el cumplimiento de la función y de la construcción es imprescindible para acceder a la belleza de la arquitectura? Bien proclamaba Vitrubio que para llegar a la Venustas era necesario dar perfecto cumplimiento a la Utilitas y a la Firmitas.

“Cuando se dice que la arquitectura tiene que ser funcional, deja de ser funcional porque atiende sólo a una función de las muchas que tiene”. Decía y con razón, Oíza.

Ósip Mandelstam al comienzo de su precioso *Diálogo sobre Dante* dice refiriéndose a la Poesía: “Allí donde la obra se deja medir con la vara de la narración, allí las sábanas no han sido usadas, es decir, que (si se me permite la expresión) allí no ha pernoctado la Poesía”. Así, de esta manera tan pedagógica, Mandelstam explica el quid de la cuestión en la creación artística. Nunca los temas narrativos deben ser los centrales, tampoco en la arquitectura. La Utilitas exigida por Vitrubio como condición primera, la función, debe ser cumplida y bien cumplida. Pero la arquitectura es algo más, mucho más, que sólo el perfecto cumplimiento de la función. La función en arquitectura es la narración.

Cuando Bernini saca a la luz del blanco mármol a la bellísima Proserpina raptada por Plutón, por encima de la descripción de la escena y por encima de la hermosura de la escultura, lo que básicamente hace es mostrar su

capacidad de hacer que el duro mármol de Carrara parezca blando, mórbido. Logra dominar la materia, doblegarla, domeñarla. Algo más, mucho más universal que sólo representar una escena. La mano fuerte de Plutón aprieta el delicado muslo de Proserpina y es ahí donde más nos interesa esa escultura. Donde consigue que parezca blando lo que es duro. Una vez más el creador que trata de poner en pie un tema universal, por encima de la sola narración de una historia. Algo más que sólo una escultura. El mismo Bernini que en cada una de sus arquitecturas busca y halla algo más que el sólo perfecto cumplimiento de la función o la sola perfecta construcción. Busca y halla la belleza.

Y si para la consecución de la belleza en arquitectura es importante el cumplimiento puntual de la función, la Utilitas, no lo es menos su buena construcción, la Firmitas.

Viollet le Duc en sus *Entretiens sur l'Architecture* defendía la construcción, la Firmitas, como base fundamental de la arquitectura. Reclamaba la expresión honrada y adecuada de los materiales para llegar a la belleza en la arquitectura. La belleza emanaba de la estructura bien concebida y bien construida. “*Toda forma que no se adecue a la estructura, debe ser repudiada*”. Es la estructura la que, como he repetido tantas veces, además de soportar las cargas y transmitir las a la tierra, establece el orden del espacio. Ese establecimiento del orden del espacio que es tema central en la arquitectura.

Y al final ¡cómo no! tras el preciso cumplimiento de la Utilitas y de la Firmitas, como bien prescribe Vitrubio, necesariamente llega la Venustas, la belleza.

PANTEÓN, ALHAMBRA, PABELLÓN DE BARCELONA.

Nos acercaremos ahora a algunos edificios que en la historia de la arquitectura han materializado de manera clara la inefable belleza de la que estamos tratando.

Pocos edificios en la historia tienen la cualidad de hacernos perder la noción del tiempo como el Panteón de Roma. No sólo cumple a la perfección con su función universal, no sólo está muy bien construido, sino que además es de una belleza incontestable. Así lo han entendido todos los grandes creadores cuando allí han estado. Baste citar aquí a Henry James cuando describe la memorable escena del conde Valerio arrodillado dentro del Panteón, iluminado por la luz que viene de lo alto, de la luna. La escena es hermosísima. En las primeras páginas de ese cuento maravilloso *El último de los Valerios*, el conde llega a decir: “*Este es el mejor sitio de Roma, vale por cincuenta San Pedros*”.

El Panteón de Roma es un extraordinario contenedor de belleza, de la belleza toda. Si dentro del Panteón nos colocamos espalda con pared, sentiremos que el espacio todavía cabe dentro de nuestro ángulo visual y, por lo tanto, en nuestra cabeza. Sus 43 metros de diámetro hacen posible el milagro que no es más que el resultado de la aplicación de unas medidas precisas por parte de Apolodoro de Damasco, el arquitecto de Trajano a quien se le atribuye. La misma dimensión que empleará sabiamente Pedro Machuca en el patio del Palacio de Carlos V en la Alhambra muchos años después. Y la misma dimensión que, descubierto el secreto, yo mismo empleé en el blanco patio elíptico de mi museo de Granada.

Desde el punto de vista de la Utilitas el templo romano es universal, tan universal que sigue siendo un espacio para el futuro. No hay en Roma una arquitectura tan de futuro como ésta.

Y desde la Firmitas, es tan firme, tan bien construido, que siempre salió indemne de todos los embates que sufrió. Tras ser construido por Agripa sufrió un incendio tal, que Adriano tuvo que reconstruirlo. Y hasta Domiciano y Trajano intervinieron en él. Y allí no pasó nada, como Douglas Adams bien escribía de algunas arquitecturas destruidas y vueltas a construir: “siempre es el mismo edificio”. Y es que el Panteón, su belleza, es una idea, una idea construida, precisa en sus dimensiones y en sus proporciones y en sus materiales y en su luz. De una belleza inmarcesible y eterna. Siempre es el mismo edificio.

Y si habláramos de la luz en el Panteón no terminaríamos. Baste la referencia a Chillida cuando abrazado a la columna de la luz sólida que allí entraba a través del óculo decía tener la sensación de que “*el aire iluminado era más ligero que el del resto de la estancia*”. Quizás lo que sentía, tocaba, era aquel “*soplo de un aura suave*”.

Pues otro dechado de Belleza es otra arquitectura construida, destruida y reconstruida tantas veces sin dejar por ello de ser “siempre el mismo edificio”: la Alhambra de Granada. Construida por Yusuf I, reconstruida por Mohamed V, y con las intervenciones de D. Leopoldo Torres Balbás en el siglo pasado. ¿Qué podría decir yo a estas alturas de la Alhambra? Deberíamos recurrir a los pasajes líricos que aquellos visires-poetas de los emires granadinos grabaron en los muros de la Alhambra. Ibn Zamrak pone en boca de la misma Alhambra, de la fuente del jardín de Daraxa, palabras tan hermosas como estas: “*Y a mí me ha concedido el más alto grado de belleza, causando mi forma admiración a los sabios*” y sin recatarse lo más mínimo sigue: “*pues nunca se ha visto cosa mayor que yo, en Oriente ni en Occidente rey alguno, en el extranjero ni en la Arabia*”. Y nunca acabaríamos si siguiéramos con la bellísima epigrafía de la Alhambra. La belleza hablando de la misma belleza.

O las palabras que le dedica Barragán:

Tras atravesar un estrecho y oscuro túnel de la Alhambra, se me entregó, sereno, callado y solitario, el hermoso patio de los mirtos de ese antiguo palacio. Contenía lo que debe contener un jardín bien logrado: nada menos que el universo entero. Jamás me ha abandonado tan memorable epifanía y no es casual que desde el primer jardín que realicé en 1941, todos los que le han seguido pretenden con humildad recoger el eco de la inmensa lección de la sabiduría de la Alhambra de Granada.

Claro que si se trata de arquitecturas contemporáneas repletas de belleza, capaces de resistir al tiempo, a su destrucción física y a su reconstrucción, debemos hablar aquí del Pabellón de Barcelona de Mies van der Rohe. Que parece que estuviera construido ayer mismo. O mañana.

El Pabellón de Barcelona no sólo es una síntesis de los principales logros conceptuales de la arquitectura moderna sino, además, un prodigio de belleza. Un sencillo podio en travertino romano, a la exacta altura para elevarnos a otro mundo. Una ligera losa como techo, bien tensada, soportada, como si de un baile de puntas se tratara, por unos pilares cruciformes de acero cromado que por razón de su forma y de su brillo parecen desvanecerse. Unos muros exquisitos de ónices extraordinarios que epigrafían el tiempo con signos abstractos y se mueven allí con la libertad que otorga el espacio continuo. Todo con las medidas y las proporciones precisas. Nada por aquí, nada por allá, y el milagro se produce. Una arquitectura que ha conquistado la belleza para siempre.

Estos tres ejemplos de arquitectura tienen la capacidad de resistir al tiempo y a su reconstrucción, y seguir siendo “*el mismo edificio*”. Pero además en todos ellos el tiempo se detiene. En todos ellos el pasado, el presente y el futuro están ahí, suspendidos. El tiempo suspendido para que allí emerja la belleza. En todos ellos se verifica aquello que tan bien apuntaba Michael Bockemül cuando hablando de Rembrandt decía que “*convierte la comprensión conceptual del cuadro en su percepción visual*”. Estas tres obras de arquitectura bien convierten su comprensión conceptual en percepción visual

Las tres arquitecturas aquí citadas corroboran cuánto, cuando la arquitectura es idea construida, su belleza permanece para siempre, es indestructible.

MIES VAN DER ROHE, LE CORBUSIER, WRIGHT.

Pero no podría yo terminar este parlamento sin traer aquí, aunque muy brevemente, las palabras de algunos de los grandes maestros de la arquitectura contemporánea, Mies van der Rohe, Le Corbusier y Frank Lloyd

Wright que, como no podía ser menos, aludían constantemente a la belleza como último fin de la arquitectura.

Mies van der Rohe habló abundantemente de la belleza. En un conocido texto suyo titulado "Construir de manera bella y práctica ¡Basta ya de funcionalismo frío!", nos dice:

Me parece completamente claro que, debido a una modificación de las necesidades y a la aparición de los nuevos medios que pone a nuestra disposición la técnica, llegaremos a una nueva clase de belleza. No creo que volvamos a aceptar una belleza por sí misma.

Y emulando a Platón y a San Agustín, repite: "La belleza es el esplendor de la verdad". Y continúa:

Y ¿qué es en realidad la belleza? Con toda seguridad, nada que pueda calcularse, nada que pueda medirse, sino siempre algo inefable. En arquitectura, la belleza, que para nuestro tiempo es igual de necesaria y sigue constituyendo un objetivo, tal como lo ha sido en épocas anteriores, sólo puede alcanzarse cuando al construir se tiene en cuenta algo más que la mera finalidad.

¿Cómo podríamos no estar de acuerdo con él?

Y Le Corbusier no le va a la zaga en su defensa de la belleza:

El arquitecto, por el ordenamiento de las formas, obtiene un orden que es pura creación del espíritu. Por las formas, afecta intensamente a nuestros sentidos provocando emociones plásticas. Por las relaciones que crea despierta en nosotros profundas resonancias, nos da la medida de un orden que se siente de acuerdo con el mundo, determina reacciones diversas de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Y entonces percibimos la belleza.

Y de Frank Lloyd Wright se podrían decir tantas cosas acerca de la belleza. Pero baste con recoger las últimas frases del manuscrito encontrado sobre su mesa el mismo día de su muerte. Allí nos dice: "La arquitectura, la mayor de las artes, empieza allí donde acaba la mera construcción y se impone el dominio del hombre: su espíritu". Y sigue "El ser humano parece dependiente de la inspiración de una fuente superior. Porque ni por herencia ni por instinto, llega el hombre a alcanzar la belleza". Y sigue "Sólo cuando el espíritu del hombre toma conciencia de la necesidad de la bendición de la belleza, la belleza acude y aparece la arquitectura, la mayor de las artes de la humanidad. Y de la misma forma, la escultura y la pintura y la música." Y acaba con un explícito "Cuando el hombre se propuso hacer que la belleza entrara en sus edificios, entonces nació la arquitectura".

MELNIKOV, BARRAGÁN, SHAKESPEARE.

Y tras esta incursión por la idea de belleza de la mano de Mies, Le Corbusier y Wright, no puedo dejar de traer aquí, por razones muy personales, a otros tres personajes: dos arquitectos y un poeta.

Konstantin Melnikov, que es el arquitecto ruso, coetáneo de aquellos maestros, que mejor define la belleza por la que algunos arquitectos apostamos: una belleza desnuda, radical, esencial:

Habiéndome convertido en mi propio jefe, le supliqué a la arquitectura que se quitara de una vez su vestido de mármol, que se lavara el maquillaje y que se mostrara como ella misma, desnuda, como una diosa joven y grácil. Y como corresponde a la verdadera belleza, renunciara a ser agradable y complaciente.

Y por parecidas razones, una vez más las palabras de Barragán. El universal maestro mejicano se expresa con claridad respecto a la belleza en su discurso de aceptación del Pritzker en 1982:

El señor Jay A. Pritzker explicó a la prensa que se me había concedido el Premio por considerar que me he dedicado a la arquitectura como un acto sublime de la imaginación poética. En mí se premia entonces, a todo aquél que ha sido tocado por la belleza. En proporción alarmante han desaparecido en las publicaciones dedicadas a la arquitectura las palabras belleza, inspiración, embrujo, magia, sortilegio, encantamiento, y también las de serenidad, silencio, intimidad y asombro. Todas ellas han encontrado amorosa acogida en mi alma, y si estoy lejos de pretender haberles hecho plena justicia en mi obra, no por eso han dejado de ser mi faro.

Y Shakespeare. He buscado en los poetas referencias explícitas a la belleza. Y he vuelto a volver a Shakespeare. Y acudí a una conocida edición bilingüe. Y cuando comprobé que allí no aparecía la palabra belleza, pues en aquella prestigiosa edición en castellano no se decía más que *bello* o *hermoso*, volví al original en inglés de Shakespeare y casi no hay soneto en el que no aparezca la palabra *Beauty* que no se atreve el traductor traidor a traducir como belleza, ¿tanto miedo les da el término belleza? ¿Cómo podría Shakespeare no hablar de la belleza? Y empieza en su primer soneto "*That thereby Beauty's rose might never die*". Y termina uno de sus últimos sonetos, el 54, con un "*O how much more doth Beauty beauteous seem*". El término *Beauty*, *belleza*, invade con sus armas los textos de Shakespeare. Como no podía ser menos. Tanto como nos gustaría que la belleza invadiera nuestras obras.

HAMBRE DE BELLEZA

Tras todas estas consideraciones uno debería considerar si la belleza es o no necesaria, si es o no útil. Nuccio Ordine, en su brillante ensayo sobre “La utilidad de lo inútil”, defiende la necesidad de la belleza inútil. Claro que bien podríamos defender lo contrario: que la belleza es útil para satisfacer las hambres del alma, el hambre de belleza que todo hombre tiene. Claro que así, la belleza es útil, imprescindible. El hombre tiene hambre de belleza. La Venustas, compatible y complementaria con la utilidad de la función, y con la buena construcción, es lo que verdaderamente nos interesa.

No lo resumió mal Einstein: *“Soy en verdad un viajero solitario, y los ideales que han iluminado mi camino y han proporcionado una y otra vez nuevo valor para afrontar la vida han sido: la Belleza, la Bondad y la Verdad.”*

BELLEZA, LIBERTAD, MEMORIA.

¿No es la memoria el pozo profundo e inagotable donde reconocer allá donde aparezca la belleza? ¿Cómo podría alguien que careciera de memoria llegar a reconocer el que algo, de manera especial la arquitectura, participa de la belleza?

¿Cómo podría un arquitecto extasiarse ante un Mies van der Rohe si antes no supiera de Palladio, del Panteón de Roma, o de los templos griegos?

¿Cómo podría un pintor admirarse ante un Rothko sin haber antes adorado a Velázquez o a Goya?

Hoy, inmersos ya en el tercer milenio, no nos queda la menor duda acerca de la profundidad de la belleza en la pintura de Rothko o en la arquitectura de Mies van der Rohe. Está claro que el concepto de belleza no sólo ha abierto sus puertas sino que, de la mano del entendimiento, seguirá siempre abierto.

Y evidentemente todo esto es así para la arquitectura en grado sumo. Aunque sea tan difícil que la sociedad entienda bien a Rothko como el que entienda de verdad a Mies van der Rohe. Uno de los méritos de los maestros de la arquitectura moderna ha sido el conseguir convencer a la sociedad de que la belleza radicaba en sus obras, que ellos eran portadores de la belleza. Le Corbusier, Mies van der Rohe o Frank Lloyd Wright bien lo supieron y bien que lo intentaron y casi lo consiguieron.

En definitiva, atrapar la belleza en la arquitectura, y ser capaces de mostrarla como tal a la sociedad, ¡la belleza!

FINALE

De la mano de la arquitectura, he perseguido la belleza con denuedo, he buscado la belleza con ahínco, he andado tras la belleza desesperadamente, he buscado y busco y buscaré la belleza hasta morir o hasta matarla. Matarla de amor cuando la encuentre, pues he puesto mi alma en tal empeño.

La búsqueda de la belleza habla siempre de la búsqueda de la libertad. Buscar en la arquitectura la libertad que da la radicalidad de la razón, acordada con el deseable soñar, acaba siempre en la verdad que desemboca en la belleza. Lo decía de manera muy hermosa el poeta inglés Keats en su Oda a una Urna Griega: *Beauty is truth, truth beauty, -that is all / Ye know on earth, and all ye need to know.*

La belleza es la verdad, la verdad la belleza, esto es todo lo que sabemos en la tierra, y lo único que necesitamos saber.